

COMPROMISO DEFINITIVO DE ISABEL Y REBECA EN LA “FRATERNIDAD SEGLAR EN EL CORAZÓN DE CRISTO”

En esta celebración sentimos de una manera muy especial la alegría de pertenecer a la Iglesia: una Iglesia viva y joven en la que resplandece el Misterio de Jesucristo Resucitado. Dice S. Pablo que *“del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman mas que un solo cuerpo, así también Cristo (I Cor. 12,12)*. Somos, en medio del mundo el Cuerpo de Cristo, que ama a los hombres hasta dar la vida por ellos y, con el don de su Espíritu, sigue invitándoles a vivir, en Él, una vida nueva llena de auténtica humanidad y de esperanza.

Y en ese Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, todo lo que sucede nos afecta a todos. *“Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo” I Cor. 12,26)*. Hoy nos sentimos felices al tomar parte del gozo de nuestras hermanas Isabel y Rebeca. Ellas, después de una largo proceso de preparación y discernimiento, van a proclamar ante nosotros, públicamente y solemnemente, su firme compromiso de vivir en el Señor y para el Señor durante toda su vida consagrándose a Él con los votos de virginidad, pobreza y obediencia.

Un día, en el silencio de la oración, escucharon la voz de Dios que les decía: “ven y sígueme”. Y esa voz les cautivó. Y, poco a poco esa voz se fue haciendo cada vez más clara y mas fuerte. Y ha llegado el momento de responderle diciéndole con total confianza: “Aquí estoy, Señor; tu me has llamado”. Bien podrían haber pronunciado también aquellos palabras del profeta Jeremías, cuando rendido ante el sublime misterio de la divinidad, después de una larga lucha, termina diciendo: *“Tu me sedujiste Señor y yo me dejé seducir, me has tomado de la mano y me has vencido... había en mi corazón como fuego ardiente, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía” (Jer. 20,7.9)*.

El evangelio de hoy nos ha situado, junto a María, al pie de la cruz. *“Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa” (Jn.19,25-27)*. Como el apóstol Juan queréis recibir a María en vuestra

casa, para que ella os vaya introduciendo en el misterio de su Hijo y en el tesoro inabarcable de su intimidad; y, como virgen, esposa y madre os vaya descubriendo vuestra vocación.

En el origen de vuestra vocación, esta mirada, junto a María, a Jesucristo en la cruz, tiene una gran importancia. María os ha ido llevando, de la mano, hasta la cruz de su Hijo. Y contemplando a Cristo en la cruz habéis ido descubriendo su amor redentor y misericordioso; y os habéis ido identificando y configurando con Él y con su sed de redención. Vuestra vocación de servicio a la Iglesia ha ido naciendo de esa identificación con el deseo de Cristo, con la sed de Cristo, de que todos los hombres tengan vida eterna. Y habéis ido entrando en la intimidad de su Corazón. Y, en ese Corazón traspasado del que nace la Iglesia, habéis contemplado un amor que no tiene fin. Y, llenas de ese amor, os habéis sentido llamadas a contemplar, acoger, vivir y testimoniar ese gran amor que brota del costado abierto del Señor. Y esta intimidad con Él os hecho sentir, cada vez con más intensidad, el deseo de que todos los hombres encuentren y amen a Cristo; y, en el Corazón de Cristo, descubran todo el amor que El Señor siente hacia ellos.

Realmente la historia de vuestra vocación, como en todo cristiano, es un historia de amor que tiene como meta la santidad y que comenzó el día de vuestro bautismo. *“ Incorporados por el bautismo al Cuerpo místico de Cristo y fortalecidos con la fuerza del Espíritu Santo por medio de la confirmación, los fieles laicos son destinados al apostolado por el mismo Señor. Han sido consagrados como sacerdocio real y nación santa (cf. I Ptr. 2,4-10) para ofrecer ofrendas espirituales por medio de todas sus obras y para dar testimonio de Cristo en todo el mundo” (A.A. 3).*

Pero esta vocación al apostolado y a la santidad, que brotan de la unión con Cristo en el bautismo, vosotras, por una gracia especial del Señor, queréis vivirla en toda su grandeza y radicalidad, en medio del mundo, mediante la profesión de los consejos evangélicos. *“La íntima unión con Cristo, ya inaugurada en el bautismo, se desarrolla en el don de una configuración más plenamente expresada y realizada, mediante la profesión de los consejos evangélicos” (V.C.30)*

Dios os llama a ser luz y sal, viviendo vuestro sacerdocio bautismal en medio del mundo desde un corazón unido, identificado y transformado en el Corazón de Cristo, a semejanza de la Virgen, entregadas a la misión de la Iglesia y unidas por un vínculo fraternal. Estáis llamadas a vivir y

hacer vivir el misterio de la redención, ofreciendo vuestras vidas por la salvación de vuestros hermanos y en reparación al Amor no amado.

Y para ello hoy vais a manifestar vuestro firme propósito, con la ayuda del Señor, de **vivir la virginidad** como alianza, entregándoos en amor esponsal, fiel, total e indiviso a Cristo Redentor y convirtiéndoos así en testigos de la vocación celestial de todo ser humano y en signo, como María, del misterio de amor nupcial entre Cristo y la Iglesia.

Y, siguiendo a Jesucristo pobre, manifestaréis también vuestro deseo de **vivir la pobreza** como expresión de vuestra confianza en la Providencia, de disponibilidad y entrega a la misión apostólica y de libertad interior y desprendimiento de las cosas.

Y abrazaréis la **obediencia apostólica** con un espíritu de entrega, docilidad, abnegación, fidelidad y humildad, buscando, siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios.

Es una vocación imposible de entender para quien vive dominado por la mentalidad de un mundo que pone como valores supremos los bienes materiales y el propio provecho y bienestar. Pero es una vocación maravillosa y una prueba evidente del amor de Dios a los hombres para quienes, por la gracia de Dios, hemos conocido a Cristo y experimentamos todos los días la belleza del evangelio.

La vida de la Fraternidad ha ido creciendo muy unida a la vida y al crecimiento de nuestra Diócesis de Getafe. Por eso, en este día junto a las diócesis hermanas de Valladolid y de Pamplona y, muy pronto también junto a la diócesis de Plasencia, damos gracias a Dios por la presencia, entre nosotros de la Fraternidad y porque el compromiso definitivo de estas hermanas va a ser para todos nosotros un gran estímulo en nuestro camino de fidelidad al Señor y en esta gran empresa de la evangelización que el Señor nos ha confiado.

Nuestro mundo necesita a Cristo. Un mundo sin Cristo es en el fondo y, a pesar de las apariencias, un mundo triste y sin esperanza, en el que la dignidad del ser humano es continuamente vulnerada. En nuestra Diócesis de Getafe, el Señor nos ha concedido, en muchos momentos la gracia de ver cómo Jesucristo es recibido con gozo por muchas personas, cuando su nombre es proclamado con valentía; y esa proclamación ha ido acompañada del testimonio de una vida entregada a Él y a los hermanos.

Que esta celebración de hoy y la entrega al Señor de nuestras hermanas Isabel y Rebeca haga crecer en todos nosotros el deseo de anunciar a Cristo, sabiendo muy bien que sólo anuncia a Cristo quien vive profundamente, en lo hondo de su corazón, el encuentro con Cristo y ama con toda su alma a la Iglesia en la que Cristo vive. En esta vivencia profunda del misterio de Cristo ocupa un lugar central, como sabemos muy bien, el Misterio de la Eucaristía, origen y meta de la evangelización. La Iglesia nace y crece en torno a la Eucaristía. La Eucaristía nos construye y edifica como Iglesia.

Para ser verdaderos evangelizadores tenemos que vivir, en la escuela de María, mujer eucarística, el misterio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo entregados para la salvación de los hombres. Participar en la Eucaristía es entrar en la intimidad de Dios y es dejarse transformar por el Espíritu, para que íntimamente unidos al misterio de la muerte y la resurrección del Señor, siendo uno con Él, entreguemos nuestras vidas como ofrenda de alabanza a la Padre y nos convirtamos en instrumentos dóciles en sus manos para que su amor llegue a todos los hombres.

La Eucaristía siempre nos lleva a los hermanos y nos hace sentir como propias sus necesidades, sus sufrimientos y sus pobreza, especialmente la mayor pobreza de todas, que es la de no conocer a Cristo. La Eucaristía nos hace sentir especialmente la urgencia de la evangelización. La Eucaristía nos hace partícipes de la sed de redención de Cristo y nos descubre, con la luz de su Espíritu, la necesidad de amor y la necesidad de esperanza y la necesidad de encontrar un sentido en sus vidas, que tienen muchos hermanos nuestros.

Veo aquí muchas caras muy conocidas y muy familiares y me vienen a la memoria y al corazón muchos momentos felices compartidos, con vosotros y con nuestras hermanas de la Fraternidad, en convivencias, peregrinaciones, ejercicios espirituales, jornadas de juventud o retiros. Y en esos momentos hemos sentido el gozo de habernos encontrado en Cristo y con Cristo.

Pero ese gozo y el gran tesoro del evangelio que hemos recibido no podemos esconderlo y guardarlo sólo para nosotros.

Cuando contemplamos nuestra diócesis y vemos esa inmensa multitud de jóvenes que crecen sin conocer a Cristo o cuando miramos esos nuevos barrios, llenos de familias recién llegadas, que continuamente van apareciendo en nuestra ciudades y que, en muchos casos, ignorando la belleza de la familia cristiana, no saben cómo afrontar los problemas que la

vida les va planteando; cuando vemos todo esto hemos de sentir, de una manera muy viva, un verdadero ardor apostólico y hemos de ponernos en manos de Dios para que él nos haga instrumentos de su gracia y testigos de su misericordia.

Siguen teniendo actualidad las palabras del gran misionero de S. Francisco Javier, cuyo quinto centenario celebramos, que en una de sus cartas desde la India, confesaba las ganas que sentía muchas veces de ir gritando a las universidades y pueblos para despertar la conciencia adormecida de muchos cristianos y decirles la necesidad que aquellas gentes tenían de conocer a Cristo y la gran responsabilidad que contraían si aquellas gentes se perdían por culpa de su dejadez, de su comodidad o de su pereza.

Que esta celebración de hoy, compartiendo la alegría de Isabel y Rebeca en su entrega al Señor, fortalezca nuestra conciencia eclesial y nos haga a todos auténticos apóstoles de Cristo.

La imagen de la Virgen de Fátima peregrina nos está acompañando. Que la Virgen María nos convierta en peregrinos, con Cristo, en la Iglesia, hacia el Padre; y con el testimonio de nuestras vidas consigamos atraer a muchos a esta gran peregrinación de la fe, para proclamar en el mundo las maravillas de Dios y ser, en todas partes, testigos de esperanza.